

Acerca de EL CANTO DE LAS SIRENAS

Asdrúbal Valencia Giraldo

Introducción

En el pasado número de nuestra revista se publicó un ensayo tomado del libro: «Es tarde para el hombre», de William Ospina¹, el poeta y ensayista de moda en ciertos círculos. Como no estoy de acuerdo con lo expresado y me parece infortunado que en una revista de ingeniería se presente ese punto de vista, lo cual se hizo sin duda con el ánimo de equilibrar el contenido técnico, me permito hacer algunas anotaciones que considero pertinentes.

La crisis de la modernidad

En nuestra época se desarrolla una transformación tecnológica de tal magnitud, que nadie vacila en llamarla revolución en vista de los cambios productivos, económicos, sociales y culturales que está provocando. De acuerdo con distintos criterios de análisis los autores hablan de la Segunda Revolución Industrial o de la Tercera Revolución Industrial y hay quienes sostienen que estamos en la Quinta Transformación Tecnológica.

Incluso algún autor, al aplicar la Teoría del Caos —donde caos significa clases de orden complejas, ultrasensibles y sutiles—, explica que los sistemas complejos que hemos creado experimentarán una bifurcación, «entendiendo por bifurcación una manera curiosa y fundamental en que los sistemas complejos se comportan en el mundo real. Es un súbito cambio de fase en el comportamiento de los sistemas construidos matemáticamente cuando se desplazan de una serie de atractores a otra. Es un cambio súbito de dirección en la manera como los sistemas se desenvuelven»².

De cualquier manera como se le defina, es evidente que debe destacarse el ritmo cada vez más veloz

de la llamada aceleración de la historia que rige las revoluciones tecnológicas humanas y sus consecuencias. Muestra de ello es lo señalado por Newt Gingrich en su prólogo a la última obra de los Toffler³. «En la década de los años noventa ha surgido una oleada de cambios políticos y gubernamentales de proporciones históricas. Desde el colapso del imperio soviético hasta la sustitución de la estructura política italiana posterior a la Segunda Guerra Mundial, la eliminación virtual del partido gobernante en el Canadá en las elecciones de 1993 (que se pasó de 153 a 2 escaños en el parlamento) y el hundimiento del partido democrático de Japón tras cuarenta años de monopolio virtual del poder (y el desarrollo de un nuevo movimiento reformista), se repiten una y otra vez los cambios sorprendentes en la política y el gobierno».

De todo esto sin duda lo que más ha impactado, a los intelectuales, es el derrumbamiento del socialismo realmente existente. Frente a esta llamada crisis se ha indicado que se presentan tres posiciones principales:

- el regresionismo, concretado en el fundamentalismo religioso.
- el relativismo, ejemplificado por la reciente moda del posmodernismo.
- el racionalismo ilustrado o fundamentalismo racionalista⁴.

Es conveniente analizar estas tres posiciones, de una manera más breve.

Recuérdese lo dicho por los Toffler hace algunos años: «Una visión más sombría ha adquirido creciente popularidad. Gran número de personas, alimentadas por una dieta continua de malas noticias, películas de catástrofes y perspectivas de pesadilla elaboradas por grupos de analistas

prestigiosos, parecen haber llegado a la conclusión de que la sociedad actual no puede proyectarse en el futuro porque no existe futuro. Para ellas Armagedón está sólo a unos minutos de distancia. La Tierra se precipita hacia el estremecimiento de su último cataclismo»⁵.

En su crítica de la modernidad, Ospina se inscribe en esta opción, en el derrotismo, en los deseos de regresar a los buenos tiempos viejos. Esta opción es respetable para un individuo o una pequeña colectividad, pues siempre han habido ermitaños y escapistas, pero no parece la adecuada para la sociedad; por esa vía se cae en el fundamentalismo. La idea o posición asociada con este término es que una fe determinada debe sostenerse firmemente en su forma completa y literal, sin concesiones, matizaciones, reinterpretaciones, revisiones ni reducciones. El fundamentalismo repudia la idea moderna tolerante de que la fe signifique algo bastante compatible con otras formas de fe, incluso, o en especial, con la ausencia de fe.

El fundamentalismo rechaza firmemente este tipo de suavización de las exigencias religiosas. Este se encuentra en muchas religiones, aunque no en todas con el mismo vigor. En nuestros tiempos, el fundamentalismo está en su apogeo en el Islam y el ejemplo más prominente es Irán. No puede uno imaginarse a nuestro ensayista alineado con los Ayatolas que condenan a muerte a los escritores.

Obviamente Irán es un caso extremo y en general el mundo del islam demuestra, contra el pesimismo de Ospina, que es posible organizar una economía modernizante, razonablemente provista de los principios tecnológicos, educativos y organizativos apropiados, y combinarla con una convicción e identificación musulmana extendida, fuerte y profundamente interiorizada. No parece que las condiciones modernas hayan de erosionar necesariamente una religión puritana y escrituraria. Pueden, por el contrario, beneficiarla, sin descartar que las cosas pueden cambiar. Otra cosa es considerar que éste sea el camino que Occidente aceptará transitar siguiendo prédicas como las de

Ospina o de los Testigos de Jehová y demás fundamentalistas que pululan entre nosotros.

Posmodernidad

Aunque hay muchas definiciones de modernidad, la época moderna en concreto, se origina en precisas circunstancias espacio-temporales (Europa Occidental, siglos XV y XVI) en el contexto de una civilización cuyo nombre más genérico es el de Occidente. Viene a suceder al milenio dominado por el cristianismo. La modernidad está ligada a los cambios tecnológicos de la revolución industrial, pero lleva en sí dos contenidos: el modernismo y la modernización. El concepto modernidad se refiere a las transformaciones ocurridas en la cultura y la sensibilidad de Occidente a partir de cierta época y que se agrupan bajo el término modernismo cuando se relacionan con el arte. Así la modernidad, o la idea de modernidad es un concepto occidental. Es decir, una manera de autoconstitución política de algunas sociedades, o sea que la modernidad apunta a la autodeterminación política y a la autonomía moral. Por su parte modernización se refiere a procesos económicos, tecnológicos y políticos ocurridos principalmente a partir de la revolución industrial. En otras palabras, la modernización sería el proceso de cambio en las formas de producción, de consumo, de modos de vida, etc., todos ellos fenómenos empíricos que no se insertan necesariamente en un conjunto articulado y significativo que implique la presencia de un proceso emancipador, se refiere solamente a la calculabilidad y al control de procesos sociales y naturales.

El término postmodernidad puede tener una connotación limitada como negación de la modernidad, a la cual remplazaría, o se puede concebir como una manera de problematizar los vínculos equívocos que ésta armó con las tradiciones que quiso excluir o superar para constituirse. Esta palabra fue acuñada por Jean Francois Lyotard, quien escribió uno de los primeros libros sobre el tema, o sea que es una invención de nuestro siglo, aunque otros la comienzan en

1875, fin de la época victoriana inglesa. Pero se acepta que es, en alguna forma, resultado del impacto psicológico de la primera Guerra Mundial. La posmodernidad no es una época, ni un sistema, ni una moda, ni una ideología, ni una actitud, ni un estado de ánimo, ni una simple manifestación de la decadencia de Occidente. Implica, en menor o mayor medida, todo esto. Lo que sí es incuestionable es que la posmodernidad permanece, de una manera o de otra, en la modernidad.

Para Alex Callinicos⁶ la posmodernidad representa la convergencia de tres movimientos culturales diferentes:

- Algunos cambios ocurridos en las artes, en particular el rechazo al funcionalismo y la austeridad en la arquitectura, el regreso del arte figurativo en pintura y la narrativa de escritores como Thomas Pynchon y Umberto Eco.
- La filosofía considerada como la expresión conceptual de los temas explorados por los artistas contemporáneos. Tal corriente ha sido impulsada por los posestructuralistas franceses: en particular Gilles Deleuze, Jacques Derrida y Michel Foucault. Ellos tienen en común el considerar la realidad como fragmentaria, heterogénea y plural, no explicable objetivamente por el pensamiento humano. Según ellos, el sujeto, portador de este pensamiento, es un revoltijo de impulsos y deseos sub y trans-individuales.
- La teoría de la sociedad postindustrial, desarrollada por sociólogos como Daniel Bell y Alain Touraine, según la cual el mundo desarrollado se encuentra en una etapa de transición de una economía basada en la producción industrial masiva hacia una economía en donde la investigación teórica sistemática se constituye en el motor del crecimiento y cuyas estructuras estarían por fuera del alcance del marxismo.

El término posmodernidad incluye la sensación de estar viviendo un período de marcada disparidad

con el pasado y significa en parte algo de lo siguiente: que se ha descubierto que nada puede saberse con certeza, dado que los preexistentes fundamentos de la epistemología han demostrado no ser indefectibles; que la historia está desprovista de teleología, consecuentemente ninguna noción de progreso puede ser defendida convincentemente; y que se presenta una nueva agenda social y política con una creciente importancia de las preocupaciones ecológicas y quizás, en general de nuevos movimientos sociales.

Aunque no merece consideración intelectual seria la idea de que es imposible el conocimiento sistemático de la acción humana o de las tendencias del desarrollo social, la posmodernidad ha permeado el amplio espectro de la producción artística-estética, filosófica, lingüística, arquitectónica y política a nivel mundial. Como corriente del pensamiento contemporáneo no logra captar los momentos cruciales que vive la humanidad actualmente. No comprende la realidad y por ello pierde toda articulación con las circunstancias históricas que sirven de marco a su labor especulativa. Esto es necesario anotarlo con claridad para no caer en las tentaciones del sectarismo fragmentario de sus propuestas.

Es cierto, como señala Ospina, que la tecnología está unida a la modernidad. Pero no es aquella la causante de todos nuestros males, como se elaborará más adelante.

Fueron las revoluciones en el transporte y en la comunicación las que crearon la aldea global y esta dilatación de horizontes, esa mezcla de las artes, esa búsqueda de lo nuevo, ya sea como un viaje de descubrimiento, ya como un esfuerzo snobista para diferenciarse uno mismo de los demás, constituye en sí misma la creación de un nuevo tipo de modernidad. Una modernidad que significa un corte con el pasado pues el antiguo concepto de cultura se basa en la continuidad, el moderno en la variedad: la tradición era el valor antiguo, el sincretismo es el ideal contemporáneo.

En el corte entre estas dos concepciones la tecnología ha sido esencial, al introducir otra manera de medir y al extender el control sobre la naturaleza, lo que ha transformado las relaciones sociales y nuestros modos de observar el mundo. Bell señala cinco medios por los que la tecnología operó esa transformación⁷.

- La tecnología eleva el nivel de vida y ha reducido las desigualdades dentro de la sociedad occidental.
- La tecnología ha creado la nueva clase de los ingenieros y los técnicos.
- La tecnología, basada en la eficiencia y la optimización, ha creado una nueva definición de racionalidad, una forma nueva de pensamiento, que pone de relieve las relaciones funcionales y las cualitativas.
- Las revoluciones en el transporte y las comunicaciones han creado nuevas relaciones globales y nuevas interacciones sociales.
- Las percepciones estáticas, en particular las del espacio y el tiempo, se han alterado completamente. Esto se ha reflejado de manera especial en el arte.

Así pues son evidentes las relaciones entre el cambio tecnológico y la variación de la cultura que llevó a la modernidad.

Pero hay que aceptar que ... "la civilización occidental está en crisis, la modernidad es un callejón sin salida: aspirar al modernismo y la modernización como caminos que nos conduzcan plenamente al epicentro de la modernidad es un error, pero en el caso de América Latina es una estupidez: no podemos ser modernos, porque no somos occidentales. Para serlo, tenemos que negar nuestro ser cultural, simular un ser inauténtico y espurio, cambiar de piel. América Latina es tributaria de tres grandes culturas, a más de numerosas incidencias diversas: la cultura precolombina, la

cultura africana, la cultura occidental. Nuestra especificidad histórica y cultural es una rica mitología, una imaginería, un folclor, unas formas de sentir, pensar, expresarse, unas concepciones del mundo y unas formas de creación intelectual y artística. En todas ellas hay rasgos explícitos o subrepticios que expresan una síntesis o, en algunos casos, una mezcla inorgánica de los mismos. Pero hay un obstáculo epistemológico que dificulta esta conclusión, es la conciencia enajenada filosófica, científica y artística (...) nada nos releva de la necesidad de pensar. Hay que estar atentos a lo que se produce intelectual y artísticamente en todas partes del mundo. Pero no podemos asumir como propio acríticamente el pensamiento ajeno: hacerlo nos conduce a una mente colonizada (...) No podemos renunciar a la ciencia y el pensamiento occidentales, pero tampoco debemos identificarnos con ellos sin más»⁸.

Desde este punto de vista es difícil hablar de modernidad y mucho más de postmodernidad en países como el nuestro, donde sólo una minoría es moderna (libre de la magia y el fatalismo). La tarea de todos, incluidos los ingenieros como instauradores de la tecnología, va desde el conocimiento del entorno en que vivimos hasta la participación activa en todas las políticas de ciencia y tecnología que permitan modernizar a Colombia, pero sin perder de vista en ningún momento el significado de la palabra modernidad, para no caer en las posiciones desencantadas del posmodernismo o en las actitudes retardatarias, frente a la tecnología, preconizadas por todo tipo de movimientos y gurúes, como William Ospina.

El racionalismo ilustrado

Si no se comparten el fundamentalismo (y el derrotismo) ni la posmodernidad, nos queda a los ingenieros una posición que ya se enunció: la del racionalismo ilustrado el cual rechaza cualquier revelación sustantiva. No absolutiza ninguna convicción –ninguna afirmación de que esto o lo otro tiene que ser absolutamente así–, pero sí absolutiza principios formales, de procedimiento

del conocimiento y tal vez de la valoración moral (en su versión kantiana), es decir que sea cual fuere el mundo en que nos encontráramos, sólo habría un modo de proceder a su exploración.

Los detalles precisos del método científico, del procedimiento cognitivo descubierto a lo largo de la revolución científica y codificado por la Ilustración, siguen siendo discutibles. Pero es posible especificarlos diciendo que no hay verdades a priori sustantivas o privilegiadas. Se desacraliza el mundo. Todos los hechos y observadores son iguales. No hay fuentes o afirmaciones privilegiadas; todas pueden someterse a examen. Lo único que tal vez se absolutiza y queda exento es el propio método. La idea de progreso es discutible.

Esto quiere decir que el progreso debería estar dirigido hacia alguna meta específica, y sólo puede ser juzgado según dicha meta. El progreso no debería implicar automáticamente la sustitución de lo viejo por lo nuevo si lo viejo, en realidad, es satisfactorio. Criticar lo nuevo no significa necesariamente querer volver al pasado. Más bien significa que lo nuevo no satisface las expectativas existentes, y que las cosas nuevas tienen que demostrar ser mejores que las viejas antes de permitir que sustituyan lo bueno del pasado.

La tecnología y la catástrofe

Cuando se dice que una época es de temor e incertidumbre; cuando los jóvenes prefieren no pensar en el futuro —el suyo y el de otros—; cuando la mayoría de las cosas que intentamos parecen tener resultados negativos o producen inesperados efectos secundarios; cuando los medios resucitan los buenos viejos tiempos como la manera más segura de complacer al público tal vez sea que hemos llegado al final de una época.

Esto es lo que han aceptado los Toffler cuando hablan de la premisa revolucionaria... «Esta plantea que, siendo incluso probable que las décadas inmediatamente venideras rebosen de agitación, turbulencia y quizá hasta de violencia generalizada,

no nos destruiremos por completo. Parte de la idea de que los cambios bruscos que ahora experimentamos no son caóticos ni aleatorios, sino que, de hecho, forman una pauta definida y claramente discernible. Da por sentado, además, que esos cambios son acumulativos, que sumados representan una transformación gigantesca de nuestro modo de vivir, trabajar, actuar y pensar, y que es posible un futuro cuerdo y deseable. En resumen, lo que sigue comienza con la premisa de que lo que ahora sucede es ni más ni menos que una revolución global, un salto de enorme magnitud»⁹.

En su crítica de la modernidad Ospina atribuye a la tecnología (en especial a las comunicaciones) y a la modernidad, todos los males del mundo. Es cierto, como señala un escritor que «las nuevas tecnologías de la información parecen llevarnos a una sociedad supercomunicada y ubicua, a una educación generalizada, a una transformación extraordinaria de la naturaleza del trabajo y a un ocio creativo, pero también a unos seres aislados e inmóviles, temerosos de perder el empleo, las habilidades y la intimidad, y sometidos a riesgos de manipulación, de dominio y de pérdida de libertad».

«Ahora no se trata ya de dominar nuestros miedos, sino de afrontar con inteligencia y decisión los grandes problemas. Algunos de ellos ya estaban entre nosotros desde mucho antes: la miseria, la enfermedad, el trabajo peligroso, los injustos desequilibrios entre países y entre regiones de un mismo estado, la guerra, el crimen, la tiranía»¹⁰.

Algunos de esos problemas se han agravado, así mientras el Tercer Mundo intenta pagar sus más de 1'200.000 de dólares de deuda externa, en realidad transfiere unos 40.000 millones por año a los bancos y gobiernos de los países ricos y de los organismos financieros internacionales por ellos creados. El número de economías críticamente empobrecidas es creciente: en 1964 había 26 países en la lista de las Naciones Unidas de países menos desarrollados. Hoy hay más de 40.

En la década 1950 sólo una ciudad del Sur tenía una población de más de 4 millones, mientras que a fin del siglo habrá más de 60 ciudades en esas condiciones; y en el año 2025 el número de megalópolis en los países pobres será de 135. Entre 35 y 40% de la superficie amenazada de descertificación. Se producen y difunden unos 70.000 compuestos químicos.

No existen soluciones tecnológicas fáciles para los actuales problemas de la humanidad: crecimiento demográfico, urbanización, mal desarrollo económico, falta de alimentos, agotamiento de la energía o preservación del medio ambiente. Pero sí hay soluciones, se ha demostrado que «las actitudes ambientalmente positivas son económicamente favorables y que el reciclaje, la frugalidad, la eficiencia, el respeto y apoyo a las sociedades y grupos desfavorecidos, la conservación de la naturaleza y los recursos, nos sacarán a flote. Que el ambiente y la economía no están en orillas opuestas. Ambos comparten una misma orilla, la del sentido común, frente a otra invadida por el derroche inútil y destructivo»¹¹. Muchas sociedades están tomando conciencia de esto. Sí hay esperanza.

En la medida en que la ciencia dio origen a la tecnología y ésta, aparentemente, nos colocó en una situación insostenible, parecería que los nuevos ludistas tienen la razón. Pero la ciencia no creó nuestra situación insostenible deliberadamente; y lo que es más importante aún, no la creó por sí sola. En última instancia, en la sociedad son responsables de que la Edad Moderna se haya convertido en lo que es, todos los que creen y sostienen el capitalismo salvaje y su dios mercado. Muchos actores y sectores han moldeado nuestra época, y muchos moldearán la próxima. La ciencia, la tecnología, la educación, hasta el arte y la religión, tuvieron un papel en la construcción de nuestros valores y creencias, y su influencia será más importante que nunca. Si ahora existe el homo posmodernus, aún no identificado, entonces la ciencia, el arte, la educación la religión y todas las fuerzas que

moldearon los valores de la Edad Moderna deben unirse para moldear la época de la tercera ola.

La manera como hemos sido criados, la forma de mirar al mundo, y lo que vemos cuando miramos, todo ello ha sido sutilmente influido por la moderna racionalidad científica. El hecho de que el homo modernus tenga una preponderancia del cerebro izquierdo y piense linealmente en términos de causa y efecto, se debe en gran medida a la influencia de una forma de pensamiento científico que, aunque obsoleto en las fronteras de la ciencia contemporánea, se ha filtrado profundamente en la conciencia moderna. Sus derivaciones son muchas. Incluyen una forma de pragmatismo que se niega a mirar más allá de la superficie, más allá de lo que puede ser visto y tocado, comprado, consumido y, en última instancia, descartado.

El arte ha sido un agente igualmente poderoso. El arte influye sutilmente sobre la manera de percibir, sobre lo que sentimos y sobre la forma como nos relacionamos. Está alrededor nuestro en la forma de las casas en donde vivimos y trabajamos, en el aspecto de los productos que usamos, en las melodías que canturreamos, las novelas que leemos y lo que vemos en televisión o cine¹².

Como ya se ha indicado, la religión es otra fuerza que da forma a la estructura mental de la época, es un componente, ni reemplazable ni dominante de la Edad Moderna; es un elemento vital junto con la ciencia y el arte.

Las instituciones y los métodos educativos han sido sin duda factores fundamentales en la construcción de nuestros valores y concepciones actuales y serán aún más importantes en la civilización del conocimiento.

Hay que hacer énfasis en lo siguiente: la tecnología, a pesar de su poderoso influjo, no es el único factor moldeante de nuestra sociedad actual ni de la futura.

La racionalidad de la esperanza

Frente a las tensiones, que señala Ospina, es pertinente recordar el origen de varias palabras cuyo significado original ha sido olvidado hace tiempo. Tecnología es un nombre griego compuesto que significaba originalmente 'el asunto de la artesanía', pero que ahora está ligada, entre otras actividades, con la manufactura, que originalmente significaba hecho a mano, pero que hoy abarca la producción mecanizada que ahoga a la artesanía. Ciencia, que significa el arte de saber, es el equivalente latino de la palabra griega filosofía que significa amor a la sabiduría. Y poesía proviene del verbo griego poiein que significa hacer o fabricar. Estas precisiones muestran como al principio se confundían estas actividades que hoy están en tensión permanente, pero la bifurcación de la sensibilidad es tan antigua, si no más, como la separación entre lo racional y lo espiritual de Platón.

Las comunidades de tecnólogos, científicos, artistas, educadores y comunidades religiosas deben liberarse de sus estrechos puntos de vista y unir fuerzas en la construcción de una época nueva, más humana y soportable. Para ello necesitamos saber quiénes hemos sido y quiénes somos, porque el futuro nace del presente. Es decir que la primera dificultad de pensar el futuro es pensar el presente. La ceguera sobre el presente nos vuelve ipso facto ciegos al futuro.

Pero el conocimiento del presente necesita del conocimiento del pasado, el cual, a su vez, necesita el conocimiento del presente. El pasado se construye a partir del presente, el cual selecciona lo que, a sus ojos, es histórico, es decir precisamente, lo que, en el pasado, se ha desarrollado para producir el presente¹³.

Pero no bastaría con pensar correctamente el presente para ser capaz de percibir el futuro. Ciertamente, el estado del mundo presente contiene en potencia los estados del mundo futuro. El futuro es necesario para el conocimiento del presente^{14,15}.

Por las razones anteriores, las sociedades organizadas desde la historia temprana han tenido instituciones de exploración futura como son los videntes, profetas, dispositivos cuestionadores de fe, oráculos, etc.¹⁶. A su vez, la ciencia se ha visto obligada, desde mediados del siglo XX, a incorporar un nuevo sector al campo de sus averiguaciones: el futuro; y ello partiendo de los impulsos más diversos. Incluso existe la «Futurología» como ciencia y la «Prospectiva» como disciplina, las cuales revelan muchos rasgos de modernidad, profesionalismo y cientificismo, entre los que se encuentran: posgrados, asociaciones nacionales e internacionales, conferencias, organizaciones especiales de investigación, cátedras universitarias y programas de enseñanza, unidades especiales en organizaciones públicas y privadas, una larga serie de instrumentos, técnicas y métodos.

No es objeto de este corto ensayo entrar en la descripción de los métodos anotados, sólo se quiere indicar que el escudriñamiento del futuro se hace en la actualidad de una manera rigurosa, por ello las posiciones derrotistas frente a lo que nos aguarda, no son las indicadas para un ingeniero. Las nuevas tecnologías han sido llamadas de la esperanza porque ofrecen a los pobres de la Tierra un atajo hacia el mejoramiento, más que por el trabajo penoso, por el uso de la inteligencia. Y algo importante, se recuerda que el componente esencial de la nueva sociedad es la información.

Se puede ser pesimista, como el ensayista Ospina, u optimista. Pero existe la obligación de ser lúcidos. A la luz del racionalismo ilustrado el optimismo deberá ser moderado y limitado por las carencias del ser humano y por lo que ignoramos sobre el origen y el final del mundo y el hombre. Por eso se habla de un optimismo escéptico.

La caída del socialismo real y la generalización del neoliberalismo, y de contera, del neoconservatismo y sus consecuencias regresivas, así como la inane posición posmodernista, ha llevado a la creencia común de que el marxismo, y aún el socialismo, son sistemas de pensamiento desuetos. Nada más

lejos de la realidad. El número de los desposeídos, en vez de disminuir, aumenta y la salida a los problemas del mundo sólo puede lograrse con base en una política basada en el bien común, así el concepto de bien común haya que revisarlo. Es decir que los términos derecha e izquierda siguen existiendo y su significado sigue siendo fundamental en la concepción del mundo.

Desde esta óptica no tiene cabida el derrotismo de Ospina y su clamor por el regreso de lo sagrado (y sus guerras y sus inquisiciones y tiranías). Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva civilización, con todos los dolores e inestabilidades que ese parto implica, pero en ella debe pensarse en que habrá una renovada estabilidad en ciertos aspectos

Referencias

1. Ospina, William, Es tarde para el hombre, Norma, Bogotá, 1994, p. 57.
2. Laszlo, Ervin, La Gran Bifurcación, Gedisa, 2ª ed., Barcelona, 1993.
3. Toffler, Alvin y Heidi Toffler, La creación de una nueva civilización, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 3.
4. Gellner, Ernest, Posmodernismo, razón y religión, Paidós, Barcelona, 1994)
5. Toffler, Alvin y Heidi Toffler, La tercera Ola, Plaza & Janés, Barcelona, 1982.
6. Callinicos, Alex, Contra el postmodernismo, El Ancora Editores, Bogotá, 1993.
7. Bell, Daniel, La sociedad postindustrial,
8. Botero Uribe, Darío, Manifiesto del pensamiento latinoamericano, Centro Editorial Universidad del Valle, Cali, 1993.
9. Toffler, Alvin y Heidi Toffler, La creación de una nueva civilización, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 23.
10. Calvo Hernando, Manuel, La ciencia en el tercer milenio, McGraw Hill, Madrid, 1995.
11. Cairncross, Frances, Las cuentas de la tierra, Acento Editorial, Madrid, 1993.
12. Ladriere, Jean, El reto de la racionalidad, Unesco, París, 1978.
13. Morin, Edgar, Para salir del siglo XX, Kairós, Barcelona, 1981.
14. Gates, William, Camino del futuro, McGraw Hill, Bogotá, 1995.
15. Schaff, Qué futuro nos aguarda?, Crítica, Barcelona, 1985.
16. Dror, Yehezkel, Enfrentando el futuro, F.C.E., México, 1990.
17. Giddens, Anthony, Consecuencias de la modernidad, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

de la vida que retomaría algunas características de la tradición -incluido el posible resurgimiento de la religión -. «Esta estabilidad a su vez, proporcionará el fundamento para la sensación de seguridad ontológica reforzada por la conciencia de un universo social sujeto al control humano»¹⁷.

Vista desde esta perspectiva, la situación actual que parece incomprensible y desesperanzadora, se hace inteligible, se posibilita una aprehensión racional de nuestro presente, se hace posible y probable pensar en la supervivencia y permite que nuestra inteligencia y nuestra voluntad se apliquen a buscar salidas a los problemas que nos agobian, sin optimismos ilusos pero también sin derrotismos intuitivos.